

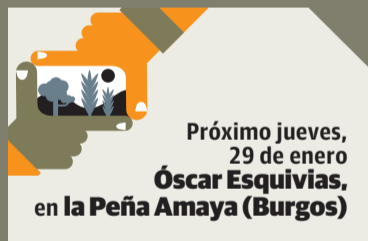


## SOBRE EL AUTOR

► **José María Muñoz Quirós.** (Ávila, 1957). Está considerado como uno de los poetas más importantes de Castilla y León. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Catedrático de Lengua y Literatura, profesor de Crítica Literaria del Centro Asociado de la UNED de Ávila. Presidente de la Academia de Artes Ciencias y Letras de la Institución Gran Duque de Alba. Director de la revista 'El Cobaya' –tema de su tesis doctoral– y miembro de la Academia de Poesía de Castilla y León y presidente de la Academia de San Juan de la Cruz de Fontiveros, a la que históricamente han pertenecido y pertenecen los poetas más destacados del parnaso español.

► **Obra.** En su producción poética publicada, que inició en 1982 con 'En una edad de voces', destacan títulos como 'Razón de Luna', 'Ritual de los espejos', 'El sueño del guerrero', 'El cuaderno de invierno', 'Material reservado', 'Celada de piedra', 'El color de la noche' o 'El temblor de las libélulas'.

► **Premios.** En sus más de treinta años de carrera literaria, reúne premios tan importantes como el Jaime Gil de Biedma (1999), Premio Internacional de Poesía San Juan de la Cruz (2005), Premio Fray Luis de León de Poesía (1998), Premio de Poesía Ciudad de Salamanca (2007), Premio Ciudad de Cáceres (2011) o el Premio Alfons El Magnánim Valencia de poesía en castellano (2009), entre otros



## La sierra se enternece de pálidas aristas, de cortados requiebros, de hielo y nieve

con el viento sonando en las ventanas, el invierno nos alerta de fríos pasos de niebla y de brumosa temeridad de pájaros.

La sierra de Gredos corona el invierno con una blanca manada de ángeles dormidos. En el seno de sus brazos de frío se han dorado los días con la más temerosa presunción de paloma, con la nítida sangre de la luz ahora escondida en los altos senderos donde se abrasa la nieve cuando va cayendo, abandonándose, en las riberas.

### 5

En el rincón de Gredos, donde el Tormes va sembrando de frutos la ribera, donde crecen los árboles en las huertas repletas de manzanos, en El Barco de Ávila, en ese recodo de caminos que llegan cruzando campos cereales, pueblos callados, y se endulza en un zumbido de abejas que liban el tomillo y las flores más bellas.

En esa tierra donde un puente de frío granito atraviesa el río hasta la recoleta ermita del Cristo del Caño que vierte los chorros de las entrañas de la sierra recorriendo sembrados, y cuando a lo lejos, como enmarcado en un azul diáfano, vuelve a tus ojos la serranía dibujada en una quebradiza línea oscura, recibes la transparencia de las horas, el devaneo de los pájaros y el trémulo silencio del agua.

Navalguijo, Bohoyo, Becedas o Umbrías al pie de los altos roquedales, praderas esmaltadas de verde intenso, donde la llamada del Dios de España tiene su trono en Gredos, como la escuchaba don Miguel de Unamuno en sus escapadas frecuentes hasta la sierra, cuando oía la voz que clamaba «¡Miguel! ¡Miguel! Aquí, Señor, desnudo, / me tienes a tu pie, santa montaña, / roca desnuda, corazón de España...» y se escuchaba, en los recintos del silencio, una temblorosa paloma volando hacia su nido en la torre mocha de alguna iglesia. Y las cimeras luces de la tarde ardían sobre las Cabezas Altas, más allá de los miradores y de las vetustas rocas de las cimas de los picos más altos.

La firmeza del paisaje se vuelve recinto de imponente camino cuando asciendes, y caminando subes como si la ascensión fuera una proximidad hacia tu adentro, un manar hacia la paz de todos los sentidos que se engrandecen entre las veredas y los prados, y entonces comprendes la mágica serenidad de Gredos, lo que significa el vuelo hacia sus alas de secreta armonía, de equilibrada albura. Comprender estas razones nos ayudan a asumir ese sentir diáfano, esa música del alma que suena más cerca y más callada. Será entonces cuando ya la sierra de Gredos te ha hablado al oído donde se aprende, con misteriosa luz, la escondida senda de las razones invisibles de un paisaje encendido y sereno.

→ de pájaros que suenan en las alas del viento, atravesando los bosques verdecidos de pinos y de abetos.

El otoño elige los frutos del bosque, los castaños, las uvas de las parras de los pueblos, las setas desperdigadas entre los árboles diseminados por los vericuetos de los pinares. El dorado sol de la mañana enciende el vientre de la tierra, y las lluvias colman de hongos los senderos.

Gredos, en este tiempo de oro y brasas, se incendia en atardeceres rojos como la sangre ingravida de la luna.

### 4

Cuando las primeras nieves del invierno se asientan en las alturas de Gredos, en esos días breves que se acuestan sobre el dominio de los campos yertos, cuando ya los árboles se han desnudado hasta el lími-

te, la sierra se encela en su paisaje de grises infinitos, y entonces el aire huele a humo florecido en las chimeneas de los pueblos cercanos.

Desde Ortigosa el abismo de Gredos se precipita sobre tus ojos, y a lo lejos, en una distancia asentada en el pleno sosiego de la altura, los picos y las poliédricas cimas dibujan el vértigo desde donde se encarama la sensación profunda de la belleza.

A lo lejos el Almanzor es casi transparencia de cristal. Por la Portilla de los Cobardes se atraviesa hasta el Venteadero, donde la mirada alcanza lo infinito, se cierne en la integridad del sueño, cuando don Miguel de Unamuno, tal vez con la emoción a flor de los labios, escribió los versos más estremecedores y más intensos:

«Solo, aquí en la montaña, solo aquí con mi España –la de mi sueño– cara al rocoso gigantesco Ameal...». La Galana coloca a sus pies el im-

presionante circo de las cinco lagunas, como cinco lunares en el terruño inquieto del descenso a los dominios del agua atrapada en sus brazos de musgo.

La sierra se enternece de pálidas aristas, de cortados requiebros, de hielo y nieve sentada en sus caminos. El milano real vuelve a su nido,

majestuoso como un despliegue de plumas dibujadas en el plumizo azul de este momento.

Al calor de un buen fuego, podemos detenernos en cualquiera de las ventas que atraviesan el camino: la leña chorrea chispas de brizas de plata, humea con el crepitar incesante de sus troncos. A su vera,